

nuestra ruta desplegando nuestra grande vela que es el estandarte de la cruz.

El historiador de la vida de la Santa concluye diciendo que esta virgen adornada de todas las virtudes, instruía más á sus hijas con sus acciones que con sus palabras.

LAS VENERABLES MADRES SARA Y TEODORA Y
LAS VIRGENES PIAMIA Y ALEJANDRA ¹.

Había en el territorio de Alejandría una virgen llamada Sara, la cual estaba en gran reputación de santidad. Los antiguos que recogieron las *Sentencias de los Padres de los desiertos*, nos conservaron también algunas de las suyas, igualándola así á estos grandes hombres. En efecto, ella no les cedía en mortificación y en valor para el combate espiritual contra los enemigos de la salud. Ella moró sesenta años en una celda que estaba sobre la orilla del Nilo, y durante todo este tiempo jamás dirigió sus ojos sobre aquel río. El demonio envidioso de su virtud, no cesó durante trece años de atacarla con tentaciones violentas. No solamente las resistió siempre, sino que conservándose con una humilde paciencia en un ejercicio tan penoso y largo, no pidió á Dios el fin de ellas, sino solamente que le concediera por su gracia las fuerzas necesarias para vencerlas. Algunas veces este enemigo de las almas le representaba las vanidades del siglo, y trataba de arrancar de su corazón algún sentimiento de complacencia para estas cosas frívolas; pero bien lejos de escucharle, ella le oponía el temor de Dios de

¹ *Vitæ Patrum*, Paladio Ios Bolandistas, Cotelier.

que su alma estaba penetrada, y redoblaba sus austeridades.

Un día que la tentación era más fuerte que de ordinario, subió á lo más alto de su celda, desde donde pudiese contemplar más facilmente el cielo, y allí se puso á orar. Entonces el demonio se le presentó delante bajo una figura humana diciéndole: *Tú me has vencido Sara*; pero ella lo confundió respondiéndole: *No soy yo el que te ha vencido, es Jesucristo*.

Dos anacoretas de reputación pasaron del desierto de Pelusia para visitarla, y en el camino se dijeron el uno al otro: Conviene tentar un poco la humildad de esa buena vieja. Le dijeron, pues, al verla: « Cuidado con tener sentimientos de vanidad, diciendo dentro de vos misma: Los solitarios vienen á verme, á mí que no soy más que una muger. » Ella les respondió: « Es verdad que no soy más que una muger; pero yo trato de conservar en mi sexo un espíritu varonil y valeroso. »

Ella no hablaba así por ostentación; sino solamente para hacer ver que la debilidad de su sexo no debía servir de pretexto para combatir con flojedad en la milicia espiritual; y que una solitaria no debía ceder á los hombres la gloria de practicar las virtudes religiosas con un santo ardor. Por otra parte era tan humilde, que cuando el demonio le sugería algún pensamiento de la estimación de las criaturas, al momento se confundía con la humillación del corazón. Ella no quería tener parte alguna con ellas, ni aun con pretesto de edificarlas con su virtud; y si esta idea le venía á la imaginación, ella se representaba como estando en todas las puertas de las casas, humillándose y haciendo penitencia de sus faltas. Así pedía á Dios, no que ólguien fuese edificado en ella, sino que la olvidasen y ella olvidase á todo el mundo, á fin de conservar su corazón en una entera pobreza.

Se ocupaba con frecuencia en meditar la muerte, como un medio eficaz para triunfar del demonio del orgullo, á la manera que se pisan los escalones cuando se sube por una escalera. Entre los consejos que daba cuando se le pedían, recomendaba la caridad para con el prójimo ; y en cuanto á la limosna decía, que aunque algunas veces sucediera que se hiciese por una compasión natural, enseguida se llegaba á hacerla por un motivo más puro que es el amor de Dios.

Ciertos hermanos de Scete fueron á visitarla, á quienes ella presentó una pequeña cesta de frutas. Estos mortificados religiosos dejaron las mejores y comieron las peores. Entonces les dijo : « Verdaderamente reconozco que sois religiosos de Scete. » (Los religiosos de Scete pasaban por más austeros que los de Egipto.) Los antiguos llamaron á la venerable Sara virgen de dichosa memoria.

Había también en el territorio de Alejandría otra virgen solitaria, llamada Teodora, no menos renombrada que esa de que acabamos de hablar. Se ha hablado de ella con distinción en la *Colección de las Sentencias de los Padres*. Ella decía que era necesario esforzarse á entrar por la puerta estrecha, como Jesucristo nos lo recomienda ; y que á la manera que si los árboles no sufrieran en invierno las lluvias y los vientos, no producirían frutos en la bella estación ; así mismo si en el mundo que es como invierno para nosotros, no sufrimos muchas tribulaciones y tentaciones, no debemos esperar la participación de la herencia celestial.

Es una ventaja, decía también, el llevar una vida tranquila ; y esto conviene principalmente á las vírgenes y á los religiosos, y sobre todo cuando son jóvenes y principiantes. Sin embargo no conviene languidecer en el descanso só pretexto de adquirir la tranquilidad de espíritu por la del cuerpo, pues de ello resultarían grandes inconvenientes para uno y otro ; luego el demonio se serviría de lo mismo para



Se acordaba con frecuencia en meditar la muerte, como el medio eficaz para vencer del demonio del orgullo, á la manera que se vence á los malos cuando se sube por una escalera. Como los malos que daba cuando se le pedían, recomendaría á los buenos para con el prójimo; y en cuanto á la fuerza de fe, que aunque algunas veces sucediera que se hiciera por una compasión natural, enseguida se llegaba á hacerse por un motivo más puro que es el amor de Dios.

Ciertos hermanos de Scete fueron á visitarla, á quienes ella presentó una pequeña cesta de frutas. Estos mortificados religiosos dejaron las mejores y comieron las peores. Entonces les dijo: « Verdaderamente reconozco que sois religiosos de Scete. » (Los religiosos de Scete pasaban por más austeros que los de Egipto.) Los antiguos llamaron á la venerable Sara virgen de dichosa memoria.

Había también en el territorio de Alejandria otra virgen solitaria, llamada Teodora, no menos renombrada que esa de que acabamos de hablar. Se ha hablado de ella con distinción en la *Colección de las Sentencias de los Padres*. Ella decía que era necesario esforzarse á entrar por la puerta estrecha, como Jesucristo nos lo recomienda; y que á la manera que si los árboles no sufrieran en invierno las lluvias y las vientos, no producirían frutos en la bella estación; así como es en el mundo que es como invierno para nosotros, por las muchas tribulaciones y tentaciones, no debemos esperar la participación de la herencia celestial.

Es una ventaja, ó sea también, el llevar una vida tranquila; y esto conviene principalmente á las vírgenes y á los religiosos, y sobre todo cuando son jóvenes y principiantes. Sin embargo no conviene la quietud en el descanso sólo para adquirir la tranquilidad de espíritu por la del cuerpo, pues de ello resultarían grandes inconvenientes para el alma; luego el demonio se serviría de lo mismo para

Tome 3.



Gravé d'après

Imp. de Chardon aîné, Paris.

St. Hilarion.

San Hilarion.

apesadumbrar nuestra alma, para relajarla, para volverla perezosa y pusilánime y para atormentarla con malos pensamientos. El cuerpo se resintiría igualmente por las grandes enfermedades que contraería y por una languidez y un entorpecimiento en todos sus miembros, de suerte que este cuerpo llegaría á ser funesto enervando toda la fuerza del espíritu y del cuerpo. De ahí también resulta que uno se relaja, y que también se dispensa en seguida de sus obligaciones sólo pretexto de creerse enfermo ; mientras que si uno se hace violencia y sacude esta pereza que se origina de un descanso excesivo, ó si en fin vela mejor sobre sí mismo, se librá de estos males que afectan al alma y al cuerpo.

Al efecto refería que había un religioso quien siempre que la hora de rezar el oficio se acercaba, se sentía atacado de la fiebre y de cierta pesadez de cabeza. Era aquello un artificio del demonio que quería estorbarle la oración ; pero reconociendo este buen viejo la astucia del maligno espíritu, se decía á sí mismo : « Ya que me siento tan enfermo que me voy á morir, me quiero levantar y rezar todas mis oraciones antes que muera : » Así se hacía violencia. Pero apenas había concluido sus oraciones cuando la fiebre y el dolor de cabeza cesaban. Perseveró, pues, durante algún tiempo en esta práctica y la tentación se disipó.

Refería también que un hombre de bien habiendo sido injuriado de parte de alguno, no le respondió más que esto : « Yo os podría repetir las mismas cosas pero debo tener en consideración la ley de Dios que me cierra la boca. »

Decía á sí mismo que un cristiano discutiendo con un maniqueo, quien decía según el impio error de su secta, que el demonio era el autor de nuestro cuerpo, ya que está sujeto al pecado y á tantas miserias, le respondió : Sujetad ese cuerpo á las leyes de la mortificación cristiana, y pronto comprenderéis que Dios es su autor. »